

## EL BUEY UBA Y EL ASNO KNIX

2º, 3º

Era el viejo Peer quien me lo contó cuando yo era pequeño. Peer vivía en una casita de barro detrás del campo del monasterio. Yo estaba sentado junto a él al borde del camino, y cuando Bastian G. pasó con su buey —el buey al que le habían crecido los pelos de la ancha cabeza formando una cruz blanca—, entonces dijo Peer:

*“Ese es el buey del establo de Belén.”* Lo miré interrogante.

*“¿Eso es una historia, tío Peer?”*

Él movió su vieja cabeza, y en sus suaves ojos azules volvió a aparecer el brillo infantil que siempre estaba allí cuando me contaba sus historias de brujas y fantasmas, de santos y demonios.

— *“Y también había un asno... Ven, pequeñín, acércate un poco más a mí...”* Y así me contó el tío Peer la historia del buey y el asno.

El buey se llamaba **Uba**, y el asno se llamaba **Knix**. Era un buen nombre para un asno. También la bestia de carga de Chelaftan, el comerciante de aves, que dos veces al mes venía de Etam a la región de Belén, se llamaba así. Knix era un nombre común para un asno. Pero Uba, ese nombre seguramente no lo tenía ningún buey en ninguna parte. Ese nombre se lo había dado el pequeño Abner. Cuando Misael llegó a casa del mercado con el animal y lo detuvo frente a la puerta para darle agua del bebedero de madera y para mostrárselo a Rebna, la madre del niño, el pequeño Abner salió tambaleándose de la casita, se apoyó con una manita en el quicial de la puerta y observó así al buey. Aún no podía hablar; el pequeño Abner, emitía sonidos ininteligibles y medias palabras, como hacen los niños. Y Misael, su padre, a menudo tenía que reírse por ello, sin entenderlos; pero Rebna siempre los entendía con su corazón de madre. El buey había bebido, levantó la cabeza del bebedero, el agua goteaba de sus anchos ollares, y luego miró con sus suaves y redondos ojos al niño que estaba en el quicial de la puerta.

El pequeño Abner extendió su manita libre, acarició el brillante y húmedo hocico, frunció los labios y le dijo al animal:

*“Uba... Uba... Uba...!”*

Nadie habría podido decir por qué el niño le decía esa palabra al buey o qué quería expresar con ello. Rebna tuvo que sonreír por eso, y el propio Misael dijo:

*“Ah sí, pequeño Abner, este es ahora Uba.”*

Rebna acarició al animal por la dura y delgada cabeza, el niño abrazó con sus dos bracitos la pata delantera, apoyó la mejilla en el cálido pelaje y balbuceó de nuevo unas caricias en su lengua infantil. Misael miró a su mujer y a su hijito, y entonces sintió alegría en su corazón por haber comprado este buey y no otro. Ni siquiera era un animal especialmente bonito. Cierto es que se veía fuerte, robusto y sano; pero estaba delgado, demasiado delgado, su cruz era demasiado estrecha y sus patas delanteras estaban un poco demasiado giradas hacia afuera. Tampoco era ya joven el

buey. Rebna vio todo eso al instante. Y Misael notó bien que ella lo veía. Ella solo dijo, sin mirar a Misael:

*“Este animal tiene unos ojos tan buenos”,* y volvió a acariciarle el cuello. Pero en su corazón sabía, sin comprender por qué, que Misael había comprado este buey porque en su dura y lisa cabeza los pelos habían crecido formando una cruz blanca. Por lo demás, el pelaje del buey era uniformemente marrón. Y porque también Knix, el asno, llevaba una cruz así en la parte delantera de su cabeza. Sí, Rebna sabía que era por eso, pero no lo dijo.

*–“Este animal tiene unos ojos tan buenos”,* dijo, nada más.

*–“¡Ven, Uba, al establo!”* dijo Misael y volvió a reír. Cogió el ronzal y llevó al fatigado animal al establo, junto a Knix, el asno, al lado del montón de leña.

Así se llamó entonces el buey de Misael Uba, porque el pequeño Abner había pronunciado esa palabra.

Misael se dedicaba al comercio de madera. Vivía un trecho al sur de Belén, al pie de las montañas de Judea, en una casita que él mismo había construido, antes de tomar a Rebna por mujer, de madera y barro y cubierta con paja. La había encalado, y brillaba blanca y amigable bajo el sol. Un joven brote de vid crecía en el frontón. Estaba junto al camino que iba del sur, de Hebrón y Etam pasando por Belén hacia Jerusalén. Cuando estaba trabajando en las laderas boscosas de la montaña, a veces podía ver su casa a través de un claro. A veces veía entonces a su joven mujer en el frontón, ocupándose de esto y aquello, y el pequeño Abner estaba a su lado. Entonces ponía sus manos como un embudo alrededor de la boca y gritaba:

*–“¡U – hu!! ¡U – hu!!”,* que despertaba un eco mil veces repetido por las laderas y colinas. Rebna lo oía. Ella no veía dónde estaba entonces Misael, pero volvía su rostro hacia las montañas, alzaba al pequeño Abner, y sabía entonces que Misael lo veía. Con tiempo despejado, él podía ver sobre Belén las altas murallas de Jerusalén y, más allá, brillando como el sol, el resplandeciente fulgor del templo.

Misael era piadoso y obediente a los mandamientos.

Era solo un modesto comercio de madera el que llevaba. Suministraba leña a tres panaderos en Belén, a Achim, el alfarero, a dos servidores del templo, al rico avaro Phinias, el soplador de vidrio, y a otros habitantes del pueblo. Dos veces por semana trotaba al lado de Knix, que tiraba del carro, hacia Belén, y cuesta arriba apoyaba su hombro contra el vehículo y empujaba también. Con esto ganaba su pan escaso, y estaba contento. Su honradez le procuraba cada vez más clientes. Trabajaba desde temprano por la mañana hasta tarde en la noche. Pero el viaje a la ciudad, dos, a veces tres veces por semana, se hacía demasiado pesado para Knix. Misael lo veía bien. El pobre animal decaía, a pesar de los buenos cuidados de Rebna. Y cuando el ebanista Abiron en la calle del campo le dio un gran encargo, con el que ganaba bien, Misael decidió comprar otro buey. Fue a la feria anual en Belén, y Achim, el alfarero, que estaba emparentado con Rebna, lo acompañó. Mientras recorrían el mercado, pasando junto a la larga hilera de bueyes que estaban atados con una cuerda entre las estacas, Achim señaló aquí y allá un animal, por su buen cuerpo y su aspecto saludable.

Luego Achim tuvo que volver a casa a su trabajo, y Misael paseó solo por la hilera de animales de tiro. Uno tras otro lo miraban con sus ojos tranquilos y melancólicos. Y de repente se detuvo ante un buey que tenía una cruz blanca en el pelo de su cabeza.

-“¿Cuánto?” preguntó al hombre que estaba junto al animal. Este temía ya no poder deshacerse de su flaco animal con la cruz estrecha y nombró por eso un precio modesto. Misael tenía el dinero en su bolsa, incluso más de lo que se pedía. No regateó, por tanto, y cerró la compra. Entonces dijo el hombre:

-“Este animal te traerá suerte... Mi padre, que Dios sea misericordioso con él, decía que la cruz blanca en la cabeza significa bendición.” Acarició a su fiel buey una vez más, antes de despedirse de él. Misael estaba contento de haberlo adquirido de un hombre temeroso de Dios. Cuando se llevó al animal, vio las miradas burlonas de los otros vendedores de bueyes.

-¿Cómo podría haberles dicho que había elegido a éste y no a otro buey?

Lo había comprado, precisamente por eso, porque llevaba la cruz blanca en la cabeza como su Knix, su asno? Se habrían reído aún más. Tampoco él lo entendía. De lo más profundo de su alma había surgido algo que le decía que este animal estaba destinado para él, que debía comprarlo, y fue como si otro hubiera preguntado por su boca:

-“¿Cuánto?”

-¿Quién conoce los secretos de su propio corazón?

-¿Quién conoce los caminos del Señor?

Y así llegó el buey, al que el pequeño Abner llamó Uba, a la casita blanca, al sur de Belén.

Cuando Misael entró en el establo con Uba, Knix estaba tumbado en el suelo, con la cabeza vuelta hacia la pared que tenía delante. La luz tardía del día, que entraba por la puerta abierta, proyectaba en la pared la sombra de sus largas orejas, y cuando estas se movían, Knix miraba con atención el fugaz juego de sombras de sus propias orejas de asno. Misael ató a Uba a la viga transversal junto a Knix, sacó un brazo de hierba fresca del rincón del establo, la dejó delante de él, le dio otra palmada amistosa en el cuello al animal y se fue.

Entonces Knix giró la cabeza hacia un lado y miró hacia Uba, que estaba de pie. Uba, con el hocico lleno de verde, miró hacia abajo al Knix tumbado. Así se miraron un rato el uno al otro con sus ojos redondos y grandes, en los que la luz tardía ponía un húmedo brillo. Las dos cruces de sus cabezas estaban vueltas la una hacia la otra. No había en su mirada ni extrañeza ni miedo; era como si ya se conocieran desde hacía mucho tiempo. Porque ese era, sin duda, el hermano Buey. Ese era, sin duda, el hermano Asno.

Cuando Uba también se tumbó, resopló suavemente y dejó que un suspiro de bienestar surgiera profundamente de sus pulmones. ¿Sentiría Uba quizás que había encontrado un amo amable, que lo tratarían bien? Así se hizo lentamente la noche. En la oscuridad, Knix y Uba estiraron las cabezas el uno hacia el otro, sus húmedos y frescos hocicos se tocaron. Knix movió juguetonamente sus largas orejas. Uba resopló. ¡Hermano Buey! ¡Hermano Asno! La puerta del establo estaba abierta debido a la noche calurosa. Una sombra se deslizó silenciosamente a través de la luz de la luna

frente a la puerta abierta, un hocico puntiagudo y olfateante aspiraba el cálido vapor del establo y los animales. En el pajar del establo cacarearon asustadas las gallinas. Uba y Knix sintieron al extraño merodeador nocturno más de lo que lo oyeron. Ambos giraron al mismo tiempo la cabeza hacia la abertura de la puerta, y

—¿era el hermano Zorro, o el hermano Chacal, o el hermano Lobo?— la sombra se deslizó silenciosamente hacia la noche. En el oscuro establo, el hermano Lobo no había visto nada más que las dos cruces, cerca del suelo, en las cabezas de Knix y Uba.

Sobre la tierra santa de Judea transcurren los días con paso lento. Knix y Uba acarrean juntos la leña en la ladera de la montaña hacia la casita blanca, donde los montones se amontonan ahora mucho más altos, y dos o tres veces por semana Misael lleva una carga de leña a la ciudad. Cuando él corta la leña en las alturas o trabaja un tronco con el hacha, los animales arrancan la jugosa y húmeda hierba entre la maleza baja. Cuando Misael trabaja junto a la casa, Knix y Uba están al otro lado del camino en el pastizal, que está árido y sembrado de piedras pesadas, pero aquí y allá encuentran una hierba verde o un cardo. Siempre quieren estar cerca. Donde está Uba, quiere estar Knix. Donde está Knix, quiere estar Uba.

Las casas blancas de Belén arden bajo el sol. La hojarasca cuelga mustia y lacia en las ramas. Y nada sucede.

Sin embargo, algo sí sucede. Y le ocurre a Ismael, el viejo y pueril Ismael, que vive solo en la cabaña en ruinas no lejos de la puerta de la ciudad. En su juventud, una piedra le cayó en la cabeza, de una casa que estaban construyendo, y desde entonces su mente está perturbada.

*¡El Señor lo bendiga!* Es un enfermo manso e inofensivo, corre por todos los caminos frente a la ciudad, con una sonrisa infantil en el rostro. Es temeroso de Dios, y los sábados su conducta es edificante. Todo el mundo lo ayuda con gusto. Cuando pasa por la casita blanca, saluda siempre a Rebna y pronuncia una bendición sobre la cabeza del pequeño Abner. Con Ismael el Loco ha sucedido algo.

Es por la tarde. Rebna trabaja en la casa, el niño duerme. Misael sierra leña junto al montón. Uba y Knix buscan ahora a buen seguro algo de sombra en el pastizal árido. Ya varias veces Misael ha levantado ligeramente la cabeza, porque le parece oír una voz. Detrás del montón de leña... Detrás de la casa... Una voz susurrante y suave... Pero cada vez el ruido cesa de nuevo, y él sigue serrando. Mira, ahora lo oye otra vez. Misael va a investigar, corre alrededor del frontón, alrededor de la leña... nada. Echa una mirada por encima del camino y ya se dispone a volver a su trabajo, cuando de repente se queda paralizado. Está completamente desconcertado y no sabe si reír o mantener la seriedad. *¿De veras está sentado allí en una piedra, al borde del pastizal, Ismael el Loco, y frente a él están Knix y Uba, inmóviles, con la cabeza vuelta hacia él, como si estuvieran escuchando atentamente?* Porque Ismael el Loco está hablando con Knix y Uba, se nota por los movimientos de su cabeza, es una voz susurrante, la que Misael ha estado oyendo todo el tiempo. Lo más asombroso quizás sea que los dos animales permanecen allí tan inmóviles, rígidos sobre sus cuatro patas, con la cabeza inclinada hacia Ismael. Misael piensa que esto no es cosa de risa. *¿Qué les estará contando a los animales?* Cuidadosamente, Misael se acerca. Ismael le está dando la espalda, y él escucha. Ahora la sorpresa de Misael llega a lo máximo. Pronto no puede dar

crédito a sus propios oídos. Ismael habla a los dos animales sobre los antiguos reyes y profetas, nombra los santos nombres de Moisés, David e Isaías, cita sin titubear dichos sagrados, y, en verdad, habla sobre el Mesías, sobre el Mesías que ha de venir a la tierra de Judea. Y los dos animales están como hechizados, con la mirada suave fija en Ismael. Misael escucha aterrado. Porque sería sin duda un gran pecado pronunciar el nombre del Altísimo ante dos animales irracionales, si no fuera porque Ismael tiene la mente confusa. Y cuando ahora el anciano mira hacia un lado, hacia Belén, como si quisiera mostrarle algo a Knix y Uba, Misael ve que gruesas lágrimas ruedan por su rostro curtido. La cruz blanca en la cabeza de Knix y Uba brilla a la luz del sol. Misael mira fijamente las dos cruces, sus ojos no pueden apartarse de ellas.

Por la tarde, Misael y Rebna están sentados en el banco frente al frontón de la casa. Guardan silencio y miran fijamente la oscuridad sobre el camino. A la luz de la luna brillan allá en el pastizal aquí y allá piedras blancas. Los grillos chirrían. Ambos están cansados por el duro y caluroso día. En algún lugar aúlla un chacal.

-*"El campesino..."*, dice Misael de repente y luego calla. No le ha contado a Rebna nada sobre Ismael el Loco, y de eso se acuerda de pronto. Rebna lo mira interrogante. Él ve la superficie blanca de su rostro.

-*"¿Sí?"* pregunta ella.

-*"El campesino de quien compré el buey dijo que la cruz blanca en la cabeza del animal significa buena suerte."*

Rebna piensa un momento. -*"Sí"*, dice entonces, *"puede ser, Misael."*

Es en el mes de Cheshvan, y las noches se vuelven más frescas. Rebna entra. Misael está de pie a la luz de la luna frente a la casa y mira hacia la noche. Extiende mucho sus brazos. En el establo contiguo oye a uno de los animales respirar pesadamente. El cielo nocturno se yergue grande y vasto sobre el valle y las montañas. Piensa de nuevo en lo que dijo el campesino sobre la cruz, y en la paz de su corazón, Misael da gracias al Señor.

Así viven en la casita blanca, al pie de las montañas, al sur de Belén, Misael y Rebna con su hijito Abner y con el buey y el asno. **Herodes** el Idumeo era entonces rey sobre Judea. Misael compra un bosquecillo al norte de Belén, no lejos del gran camino que va de Jerusalén al Mar Muerto.

Estaba en la ladera de una montaña. Había invertido todos sus ahorros, e incluso había tenido que pedir prestadas ocho piezas de plata a Achim, el alfarero. Pero el bosquecillo era rico en buena madera de construcción y para muebles. Misael se movía de la mañana a la noche. Recibió un encargo firme del ebanista Abiron, que también le dio algunos nombres de ebanistas y carpinteros en Jerusalén, y cuando estuvo allí, Misael tuvo la oportunidad de vender una gran parte de la madera que daría el bosquecillo. Luego Misael comenzó a talar los árboles. Era demasiado lejos para volver a casa cada noche, y ahora tenía que aprovechar cada hora del día. Así que se trasladó solo con Knix y Uba al bosquecillo. Para sí mismo construyó una especie de cabaña, y muy cerca encontró una gruta en la pared de la montaña, donde podía alojar a los animales. Es probable que el lugar siguiera siendo utilizado como establo por pastores errantes. Misael se dio cuenta. Hizo una

protección de ramas de árboles para cerrar la cabaña, porque las noches ya eran frescas. Con el sudor de su frente trabaja Misael. También Uba y Knix lo tienen ahora difícil. Deben ayudar a arrastrar los troncos hacia abajo, hacia aquí o hacia allá, deben abrirse camino entre la maleza baja y espinosa, las ramas de los árboles que caen a veces azotan su pelaje, y los troncos que arrastran hasta la cabaña son pesados. Están muy cansados todas las noches.

Y una vez más ha llegado la noche.

Misael duerme en la cabaña. En lo alto del cielo hay una luna fría, y sobre el valle y sobre la pared de la montaña cuelga una niebla blanca, profunda sobre la tierra. Algunos edificios altos de Belén son visibles borrosamente a la luz de la luna, y aquí y allá titila como de acero brillante. Una mezcla de todo tipo de sonidos llega desde la ciudad, gritos y chillidos de voces humanas, alaridos de animales, crujidos y estruendos de carros; parece como si el tranquilo Belén se hubiera convertido en un enorme panal. En todos los caminos que llevan a la ciudad han llegado en estos días forasteros, en carros, en camellos, asnos, caballos, a pie, pobres y ricos, jóvenes y viejos, desde Galilea, desde Samaria, desde la tierra del Mar Muerto. Es debido al censo. ¿Cómo pueden todas estas personas encontrar alojamiento en el pequeño Belén? En el establo están tumbados Uba y Knix. Misael ha esparcido una gruesa capa de musgo y hojas en el suelo. Ha atado a los animales un poco separados, para darles espacio.

*¿Duermen ahora Knix y Uba? ¿Cómo duermen los animales? ¿Duermen de pie, dormita Uba entonces al mismo tiempo que Knix, que yace, mastica y rumia con un suave crujir de sus dientes que muelen?*

Knix ha estado un rato de pie mirando fijamente la negra pared que tiene delante y luego se ha tumbado sobre su lado derecho, con las patas rígidamente extendidas. Uba descansa sobre sus cuatro patas, como de costumbre, con el ancho lomo un poco vuelto hacia Knix. Justo vuelve la cabeza hacia Knix cuando este se acuesta. Uba y Knix, el buey y el asno, dos animales mansos y bondadosos, que durante el día han hecho lo que tenían que hacer, y cuyo corazón late tan tranquilo como el corazón de la Tierra.

Afuera, la noche se yergue grande sobre la tierra de Belén, sobre montañas y valles. Y sobre la noche está la luna blanca en toda su claridad, y blanca es la niebla que cuelga baja sobre la tierra. Solo aquí y allá brilla una estrella. En algún lugar bala una oveja perdida. También aúlla en el bosque de la montaña un animal salvaje, apagado, temeroso, y un estremecimiento recorre las hojas. Y al fondo hay una luz roja, pegada al suelo, es probablemente un fuego de pastores que vigilan su rebaño. La noche está tan firme como una eternidad bajo el cielo infinito y claro de luna. Los ruidos lejanos de la ciudad han cesado. Por el camino ha pasado todavía un viajero tardío con animales de carga. Ahora hay un silencio insondable.

*-“Uba, ¿duermes ya? ¿Duermes ya, Knix?”*

Frente a la puerta de ramas y troncos que cierra la gruta hay un ruido, unos pasos. Knix levanta ligeramente la cabeza, mueve las orejas. Uba echa las orejas hacia atrás sobre su cuello. Hay muchos peligros en la noche... Otra vez el ruido. Una mano corre un poco la puerta de hojas, y ahora una voz apagada pregunta:



-*¿Hay alguien aquí?*". Knix y Uba escuchan, y Uba resopla suavemente. Entonces la voz le dice a alguien que está afuera:

-*"Es un establo, creo..."*. Otra voz, suave, responde: *"Entremos"*. Knix y Uba oyen que la puerta de hojas es apartada, huelen la presencia de otro animal, y de repente hay una pequeña lámpara de aceite y ven a un hombre oscuro con un largo manto, que sostiene la pequeña luz en la mano, junto a él una mujer delicada y menuda, apoyada en su brazo, y un burrito. El hombre y la mujer miran a Knix y Uba, observan las paredes de la gruta. El burrito de repente se acerca como si tal cosa a Knix, olfatea su cabeza, sus orejas, y como justo delante de Knix todavía hay un pequeño montón de hierba, empieza a comerla ávidamente. A Knix le parece bien hecho. *¡Hermano Asno!* El hombre coloca la lamparilla sobre una piedra saliente, luego extiende su manto sobre el musgo entre los dos animales y ayuda a la exhausta joven a acostarse en él. Luego él mismo se tiende sobre el musgo. La mujer yace junto a Uba, el hombre junto a Knix.

Los dos animales vuelven la cabeza hacia los forasteros. El hombre mira a Uba, luego a Knix y dice en voz baja:

-*"Ambos tienen una cruz blanca en la cabeza"*. La mujer mira un poco asustada, y ve justo delante de sí los grandes ojos apagados de Uba y la cruz blanca. Luego apoya su cansada cabeza en el cálido pelaje de Uba.

La noche infinita se cierne sobre la tierra de Judea. Y sobre la noche brilla la clara luz de la luna.

La luz brilla en la oscuridad sobre las doce tribus de Jacob el patriarca, sobre el mundo infinitamente vasto, sobre las estrellas y sobre los planetas. La luz brilla sobre la inquietante quietud de los desiertos y sobre los lugares inquietos de los hombres, sobre montañas y llanuras, sobre los eternos campos de nieve y las rocas ardientes.

La luz brilla en las almenas doradas del templo de Jerusalén, en las placas doradas que cubren los muros, en las columnas de mármol blanco y rojo y en los panes de la proposición dorados y los candelabros. La luz flamea en el palacio dorado del procurador **Pilato**, en el palacio dorado del rey Herodes y se refleja en los cascos y escudos dorados de los guardias de la fortaleza Antonia. La luz brilla en las aguas apagadas del Mar Muerto y en las olas danzantes de los grandes lagos más allá de la llanura de Sarón. La luz fluye sobre las velas de púrpura de los barcos imperiales, que trazan su ancha ruta, y brilla en las águilas doradas de las legiones, que avanzan con paso resonante a través de las noches, por todos los caminos del mundo. Y en los altos Capitolios de todas las ciudades del mundo ondea, bajo la fría luz, el cruel estandarte del todopoderoso Roma.

*Vosotros, guardianes en las almenas de los templos, guardianes en lo alto de los palacios, guardianes en las fortalezas y en los barcos del emperador, ¿qué veis en la noche?*

Desde el día de la Creación, todas las estrellas en el cielo han tenido su posición fija, que no deben abandonar por los siglos. Y la mano del Padre de la Eternidad, en esta noche, desprende una de las estrellas y le asigna una nueva trayectoria sobre la tierra de Judea.

Al pie de la montaña, en una gruta, nace un Niño muy, muy pequeño. Dos animales están presentes. Miran con sus grandes ojos soñadores hacia la penumbra del establo.

Dios, que ha puesto el color en la hoja de las flores y la canción en la garganta de los pájaros, que ha creado la tormenta, el fuego y la luz puso el color en el pétalo de la flor y el canto en la garganta de los pájaros, Dios creó también el cálido corazón que late de los buenos animales. *¿Y qué ha ocurrido en los rojos corazones de Knix y Uba, que llevan una cruz blanca en su frente, en esta noche en el establo?* Cuando Uba resoplaba suavemente, tumbado sobre sus cuatro patas, mientras la mujer con el niño en brazos descansaba contra su cálido pelaje. Cuando el hombre extranjero dejó caer su cansada cabeza sobre el lomo de Knix. Sí, *¿qué ha ocurrido entonces en el tranquilo corazón que late de Knix y Uba, que yacen claramente despiertos, con sus ojos serenos mirando fijamente hacia la penumbra y vigilando el sueño de la mujer y del niño?* Dios, que ha creado los milagros del pétalo de la flor, creó también el misterio en el corazón de los animales.

Ardía una pequeña lámpara de aceite en la gruta. De nuevo la puerta es apartada, y cuatro hombres entran. Sin decir nada, se arrodillan cerca de la entrada, los ojos fijos en el niño recién nacido, que la mujer aprieta contra su corazón. Son cuatro pobres diablos; llevan una piel de oveja sobre los hombros y un bastón en la mano, como **los pastores**. Sus rostros delgados y afilados están vueltos hacia el niño y la mujer. El primero es un anciano con una larga barba, y sus manos tiemblan mientras murmura palabras silenciosas. La mujer se ha despertado y mira con mirada dulce hacia abajo a los pastores. El hombre se asusta un poco al ver a los cuatro extranjeros allí agachados y pregunta:

*- "¿Es este vuestro establo?"*

*- "No", susurra uno de ellos, "este es el establo de Misael, el comerciante de madera".*

La joven mujer no parece sorprendida por la visita. Toma cuidadosamente al Niño dormido en sus manos y lo levanta, hacia los pastores. Y los cuatro ahora inclinan sus rostros hacia la tierra, como si un gran temor se hubiera apoderado de ellos. En el profundo silencio solo se oye la respiración tranquila de uno de los animales y el mascar del burrito junto a Knix. El viejo pastor de la barba blanca susurra:

*- "Hemos visto una estrella, y nos ha guiado hasta aquí".*

Y todos aquí en el establo lo oyen de repente con el corazón palpitante: hay ante la entrada de la gruta y más allá sobre el valle un misterioso rumor como de alas, un casi imperceptible susurro como de espíritus que cuchichean en la noche. Ahora Uba vuelve pensativamente la cabeza, y el viejo pastor ve, justo sobre la cabeza de la mujer con el niño, la cruz blanca en el ancho cráneo de Uba.

Misael durmió esa noche un sueño inquieto. Todo tipo de sueños extraños lo habían atormentado, y mientras yace despierto en la primera claridad de la mañana, reflexiona sobre lo que podrían significar esos sueños. Pero ya no recuerda nada concreto y se levanta.

Frente a la entrada de su cabaña se detiene un momento, se estremece un poco por el frío, bosteza, y luego piensa en el duro día que tiene por delante. Hoy lleva su primera carga de madera a Jerusalén, al carpintero de la Calle de la Montaña, cerca de la Puerta del Agua. Es un viaje largo, y hoy hará calor. Misael lo ve por la niebla y por el cielo oriental que se aclara. Pronto vendrá Rebna a traerle la comida que necesita para el viaje, y probablemente traerá al pequeño Abner.



Misael busca ahora algo de leña seca para hacer un pequeño fuego. Pero de repente se detiene. Del establo, donde están sus dos animales de carga, sale un hombre extraño con un cántaro, va hasta el manantial en el valle, llena el cántaro de agua y regresa. No ha visto a Misael. Y Misael, por muy atónito que esté, ni por un momento piensa que podría ser un malhechor.

No, ese hombre no tiene esa pinta. Un momento se queda pensativo, luego va en silencio a la gruta del establo y mira por encima de la cortina de hojas hacia dentro. Ve junto a Uba a una joven mujer sentada, que está cuidando a un niño recién nacido, y junto a Knix está agachado el hombre extranjero de rodillas, rebuscando en un hatillo. Nada más. Pero el corazón de Misael comienza a latir con una conmoción maravillosa. Está como clavado en la tierra, y sus miradas arden fijas en la mujer y el niño. Un sentimiento extraño —¿es felicidad o miedo?— se apodera de él, de repente ya no sabe dónde está ni lo que hay a su alrededor, y no hay nada más que el pequeño Niño recién nacido y la mujer.

El hombre levanta un poco la vista y ve el rostro de Misael en la entrada. Se acerca a él y pregunta:

*-"¿Eres tú Misael, el comerciante de madera?"*

*-"Sí"*, responde en voz baja, como si temiera molestar a la mujer. Por el habla del hombre nota que viene del norte, de Samaria o Galilea. El forastero le cuenta ahora cómo llegaron a este establo la noche anterior, que tuvieron que venir a Belén para el censo ordenado por el emperador romano, que no encontraron más refugio en la ciudad y que luego, agotados, encontraron la gruta en este valle.

*-"Y aquí ha nacido el niño"*, dice en un susurro. Misael ha escuchado en silencio, pero de cada palabra le resonaba algo, como si viniera de los antiguos libros sagrados. Nota por la voz y la mirada del hombre que está ante un misterio.

*-"Quédate tranquilo aquí todo el tiempo que quieras"*, dice entonces, *"hoy tengo que llevar..."*.

Oyó pasos por el camino y ve a Rebna acercándose. Tiene al pequeño Abner atado a la espalda con un paño, y lleva un cántaro con leche y un hatillo con comida. Misael va a su encuentro, toma al niño en brazos y le cuenta de la gente extraña en el establo y del Niño que ha nacido allí. Y he aquí que, cuando Rebna entra ahora en la gruta, cae de rodillas y Misael a su lado también. ¿Por qué lo hacen?, no lo saben. El pequeño Abner se escapa de repente de su padre, y se acerca con pasitos torpes a la mujer, y esta sonríe al niño con su rostro cansado y delgado. Aprieta a Abner contra sí y contra el Niño dormido. Entonces corren lágrimas por el rostro de Rebna. Se levanta, llena un cántaro de madera con la leche todavía caliente y se lo ofrece a la mujer.

Uba y Knix saben ahora que amanece y llega el trabajo, y ambos se levantan en concordia. Rebna ayuda a Misael a cargar el carro. La madera todavía está verde y pesada, y el carpintero de la Puerta del Agua en Jerusalén probablemente tendrá que almacenarla durante años y años para que se endurezca y se fortalezca.

Luego Misael engancha a los animales delante del carro. En la gruta duerme la mujer con el Niño contra su corazón, y también el pequeño Abner se ha quedado dormido junto a ella. Con cuidado, Misael ha sacado a los animales. Pronuncia la bendición sobre Rebna y Abner y se pone en camino.

El día se aclara. El sol probablemente se quedará aún una hora detrás de las montañas al este, y en el camino del valle hace fresco. Será un día caluroso, sí. Y largo es el camino que va de Belén a Jerusalén.

Paso a paso avanzan Uba y Knix, sin prisa, al mismo ritmo. Aquí en el valle el camino es llano y no exige demasiado de sus fuerzas. Forman aquí en la madrugada un minúsculo punto que se desplaza por el camino gris, a la derecha las altas montañas, a la izquierda la amplia llanura y sobre ellos el inmenso espacio celeste. Los ojos serenos de Uba miran al frente, sobre el camino. Knix mira al suelo. Y a Misael le parece que los animales están algo más silenciosos de lo habitual a primera hora de la mañana. *¿No es como si estuvieran cavilando y cavilando...?* Así trotan Knix y Uba delante del carro con la madera verde.

Los contornos de las montañas se recortan claramente contra el aire que se va aclarando, con manchas de bosque aquí y superficies rocosas peladas allá. En las hojas de la hojarasca cuelgan gotas de rocío. Sombras azules se deslizan sobre el valle. Allí pasan dos pastores con algunas ovejas. Una mujer se acerca a Misael con un cántaro al hombro.

Paso a paso avanzan los tranquilos animales. Junto al carro trota Misael, ensimismado. *¿Piensa en la ganancia que dará la madera? ¿Piensa en Rebna y Abner, en la casita al sur de Belén?* No, en eso no reflexiona Misael.

Luego el camino gira a la derecha, a través de la cresta de la colina. Es una larga y empinada subida antes de llegar a la cima, desde donde podrán ver el valle de Cedrón y Jerusalén. Y ahora Uba y Knix tensan sus músculos y estiran sus tendones. Sus cascos golpean firme y afilados sobre el suelo duro. Una leve brisa levanta un poco de polvo gris sobre el camino, y les entra en ollares y ojos.

Así trotan, Knix y Uba, camino a Jerusalén, y solo Dios sabe lo qué ocurre en los corazones de los buenos animales. Misael empuja también el carro. Cuando casi han llegado a la cima, ven el sol. Justo frente a ellos, entre dos colinas, se alza rojo sangre y llameante en el duro cielo. Y Knix y Uba sienten el abrasador resplandor demasiado intenso del sol. La cruz blanca en su frente ahora se destaca clara y brillante hacia el este. Tan punzante es la luz aguda que de sus grandes ojos melancólicos caen gotas de agua, lágrimas gruesas y redondas.

Es justo como si Knix y Uba lloraran hacia adelante.

Porque la madera en el carro es muy pesada.

Con madera de este tipo se hacen las cruces para los criminales en el Gólgota.

Aportación de La Comunidad de Cristianos